

Unamuno y la política

De la pluma a la palabra



VNiVERSiDAD
D SALAMANCA

Ediciones Universidad
Salamanca



VNIVERSIDAD
DSALAMANCA

SERVICIO DE
ACTIVIDADES
CULTURALES

Índice

9 Presentación

Ricardo Rivero Ortega
Rector Magnífico

11 Introducción

Colette y Jean-Claude Rabaté

- 12 I. Un observador apasionado y crítico de la Historia de España
- 14 II. Un político heterodoxo
- 21 III. Acción y contemplación
- 27 IV. Modernidad del pensamiento político unamuniano

32 1. Aprendiz de político (1874-1891)

- 33 El despertar de una conciencia civil
- 42 Los años madrileños
- 45 Vasconce y política
- 49 Hacia el socialismo

54 2. La forja de un intelectual (1891-1899)

- 55 Primeras polémicas en Salamanca
- 58 Más polémicas en Bilbao
- 61 Un catedrático socialista. El paso decisivo hacia el compromiso político
- 64 Una adhesión discutida
- 65 Contactos Unamuno / Pablo Iglesias
- 69 Unamuno y el anarquismo
- 74 Frente a las guerras coloniales

82 3. Crónica de una destitución anunciada (1900-1914)

- 83 Un rector polemista. Un nombramiento discutido
- 88 Tiempo de conflictos
- 93 El enfrentamiento con el padre Cámara
- 97 Entre cultura y política. Los combates por la cultura
- 100 Unos planteamientos políticos
- 100 La cuestión religiosa
- 102 El programa pedagógico
- 104 Patria y regionalismo
- 106 La cuestión económica
- 113 La cuestión obrera

- 118 Unamuno y la política nacional. Combates por la libertad de expresión
- 122 La conferencia de la Zarzuela, 25 de febrero de 1906
- 126 Europa y el caso Ferrer
- 126 Extrañarse y entrañarse
- 128 Enfrentamiento con José Ortega y Gasset
- 137 Una destitución política. Actos de acusación
- 139 El pleito personal
- 143 Campañas de apoyo
- 143 Ortega y Gasset con Unamuno
- 148 La conferencia del Ateneo
- 156 4. De la Gran Guerra al destierro (1914-1923)**
- 157 Unamuno aliadófilo
- 158 La campaña proaliada en la prensa francesa
- 164 Contra la neutralidad de España
- 165 Artículos y cartas abiertas
- 181 La visita al frente italiano
- 184 Frente a la política interior. La huelga general de 1917
- 187 Fracasos electorales
- 195 Censura y procesos
- 207 La guerra de Marruecos
- 212 Visita a Palacio
- 221 El manifiesto del 13 de septiembre de 1923
- 232 5. Un largo y fecundo exilio (1924-1930)**
- 233 Tiempos de incertidumbre
- 234 Nuevo acercamiento al socialismo
- 240 El impacto del confinamiento
- 256 La isla del viento. Un confinamiento fecundo
- 261 Martínez Anido
- 263 Alfonso XIII
- 265 Primo de Rivera
- 268 Una evasión tan cinematográfica como política
- 274 El exiliado de Montparnasse. París: una alternativa subversiva
- 279 De la tertulia de la Rotonde a *España con Honra*
- 288 La voz de la resistencia
- 294 Antifascista y complotista
- 301 En el umbral de España. Persecuciones y resistencia: «El caso Unamuno»
- 309 Contra la propaganda dictatorial
- 326 El reencuentro con los españoles
- 334 6. La experiencia republicana (Febrero de 1930-Julio de 1936)**
- 335 Un regreso triunfal
- 343 Hacia la República. Frente a los últimos coletazos de la dictadura
- 353 Nuevas tentativas de recuperación

- 355 En marcha hacia las Cortes
- 357 ¡Viva la República!
- 370 Un solitario en las Cortes. Un republicano singular
- 379 Periodismo y oratoria: una tribuna más eficaz que el escaño de diputado
- 393 «Me duele la República»
- 406 Duelos y jubilación
- 423 Nuevos homenajes y compromisos
- 434 7. La salvaje guerra civil (1936)**
- 435 «Una España convulsionada». Unas elecciones explosivas
- 438 Una desorientación creciente
- 443 «En el torbellino» de «la guerra civil»
- 445 Salamanca, cuartel general de la guerra civil
- 447 Primeras reacciones de Unamuno
- 453 Unamuno: una presa privilegiada para la propaganda
- 457 La donación a las fuerzas salmantinas
- 460 El mensaje de la Universidad de Salamanca
- 462 Del castigo del bando republicano a la rehabilitación por los sublevados
- 466 «En el arrollador huracán» de la guerra. Ante los desastres de la guerra
- 468 «El resentimiento trágico de la vida»
- 470 Una imposible concordia
- 473 Un doloroso examen de conciencia
- 477 El 12 de octubre o la palabra confiscada. El acto del paraninfo
- 486 Una condena definitiva al silencio
- 491 Un español desterrado en España. En su «celda monástica»
- 494 Esbozo de abecedario de la guerra «incivil» de Unamuno, (noviembre-diciembre de 1936)
- 496 Una muerte tan repentina como misteriosa
- 500 Una muerte confiscada: exequias falangistas
- 506 Agradecimientos

Unamuno contra los enemigos de la democracia

Ricardo Rivero Ortega
Rector de la Universidad de Salamanca

Unamuno y la política. De la pluma a la palabra presenta los contenidos de la exposición celebrada en la Universidad de Salamanca durante los meses de octubre de 2021 a marzo de 2022. Los profesores Rabaté han confeccionado este volumen gracias a sus investigaciones realizadas en la Casa-Museo Unamuno y al buen trabajo del Servicio de Actividades Culturales del Estudio. El poderoso mensaje antifascista del rector perpetuo se pone de manifiesto en los contenidos de la obra, demostrando su vigencia un siglo después de tantos hechos aquí documentados.

Contra el manido tópico de la varianza ideológica o de pensamiento en la trayectoria de don Miguel, la verdad recuperada por el matrimonio Rabaté lo presenta en su auténtico perfil: el de un liberal constante en la defensa de los mejores valores democráticos. Unamuno no cambiaba fácilmente de opinión porque tampoco se adaptaba a las preferencias o circunstancias de cada momento. Aborrecía siempre el autoritarismo, la arbitrariedad, la corrupción, la negligencia. Defendió el respeto a toda persona con independencia de su posición de ventaja, la alteridad, y una idea de España liberada de las peores ataduras de barbarie y atavismo.

El intelectual más valiente y comprometido de su tiempo es lo que fue Unamuno, además de rector, poeta, novelista, ensayista, columnista, conferenciante internacional, dibujante y experto en papiroflexia (cocotología u origami). De todas sus características, destaco en primer lugar el coraje por la imagen predominante en el imaginario colectivo español. ¿Quién no evoca al escuchar su nombre su arriesgado alegato contra la intolerancia y el fascismo?

Hoy no es común presenciar en actos públicos heterodoxas e imprevistas salidas del guion. Los pronunciamientos mediáticos de personalidades son en general previsibles. Cada cual se mantiene en el lugar que le corresponde y dice lo que se espera que exprese, sin arriesgadas interrupciones. Justo lo contrario que hacía Unamuno, imposible de etiquetar o refrenar en sus discursos sobre la vida política. A diferencia de quien se adscribe a un bando determinado, el estilo unamuniano milita con los verdaderos principios de la convivencia.

Solo si seguimos el ejemplo de Unamuno estaremos a la altura de nuestro deber intelectual, y en ello nos va ni más ni menos la democracia (Bourdieu). Desde Émile Zola a Noam Chomsky podemos evocar *la responsabilidad de los intelectuales*. Chomsky asume la reveladora y lúcida conclusión de Dwight Macdonald, autor del primer texto sobre *La responsabilidad*

de los intelectuales en 1945, válida el día de hoy: «Qué maravillosa es la capacidad de poder ver lo que se tiene justo delante». George Orwell había llegado a similares asertos al preferir el sentido común antes que las capacidades eruditas: «Uno tiene derecho a esperar que hasta un poeta tenga una decencia corriente».

Los intelectuales pueden elegir entre alternativas, afirma Chomsky: «... una posible opción es seguir la senda de la integridad, lleve adonde lleve. Otra es aparcar esas preocupaciones y adoptar pasivamente las convenciones instituidas por las estructuras de la autoridad». A su juicio, la honestidad lleva a la primera posición: «La democracia occidental facilita a una privilegiada minoría el tiempo, los servicios, las instalaciones y la formación necesarios para buscar la verdad que se esconde tras el velo de la distorsión y la tergiversación, la ideología y los intereses de clase...».

En 1923 se cumplirán cien años del Directorio militar de Primo de Rivera, un primer ensayo autoritario que sería seguido por otro mucho peor tras la Guerra Civil. La enemistad y el enfrentamiento de Unamuno a Primo de Rivera, el dictador, son bien conocidas. Al rector de Salamanca le costaría el destierro su honestidad intelectual contra la peor versión de la política española, aunque quizás veremos intentos de blanquearla el año que viene.

La prescripción inmemorial que trae la memoria, cien años después de los sucesos, entraña horribles riesgos. Quizás el peor sea volver a mirar hacia el camino de la no democracia. Para evitarlo, recordemos a Unamuno, su coraje, que no es la ausencia de miedo, sino el valor para encararlo. La Democracia es protegida por «el delgado velo de la convención», un acuerdo implícito de que no se violará su espíritu porque «en manos de un dirigente antidemocrático, las salvaguardas constitucionales y legales de la democracia... resultarán bastante fáciles de manipular» (Ginsburg y Huq).

¿Cómo salvar la democracia? Unamuno nos da buen ejemplo. Desde París, desde Fuerteventura, demostrando con la palabra una constante posición inequívoca de denuncia del fascismo, del radicalismo de todo signo y de la misma polarización. La tolerancia de quien piensa distinto, su reconocimiento y respeto como garantías del necesario entendimiento, el que siempre tanto necesita España.

Introducción

Colette y Jean-Claude Rabaté

Este catálogo reproduce una exposición que abarca casi toda la vida política de Unamuno, desde sus primeros años hasta su muerte en 1936; o sea, unos 60 años de contemplación, pero sobre todo de acción pública.

Para reunir unos 900 documentos –entre ellos, la mayor parte del propio Unamuno– hemos acudido a nuestras precedentes biografías, a varias obras monográficas y artículos nuestros sobre la política de Unamuno, a las cartas escritas por él (unas 3.000 en nuestra base de datos) y a un gran número de las que recibió que se conservan en la Casa-Museo Unamuno de Salamanca.

Para este ingente trabajo, también hemos consultado centenares de artículos de prensa (más de 4.000), de transcripciones de discursos, conferencias y entrevistas (unas 600) con la debida cautela respecto a la interpretación o censura de los periodistas, sobre todo durante la Guerra Civil. Además, hemos releído varias obras poéticas y novelescas de Unamuno, pues él mismo define su concepción globalizadora de la política en mayo de 1927 cuando escribe en *Cómo se hace una novela*: «Existen desdichados que me aconsejan dejar la política. [...] No quieren saber que mis cátedras, mis estudios, mis novelas, mis poemas son política».

Para dibujar el itinerario político de Miguel de Unamuno, hemos decidido adoptar un enfoque cronológico y por lo tanto biográfico con dos objetivos.

Primero, hemos querido recalcar cómo Unamuno examina, analiza y cuestiona casi a diario la vida política española, a veces europea e incluso internacional, integrándola de tal forma en su vida íntima y pública que su itinerario vital viene a confundirse con la Historia de España.

Luego, para matizar numerosos análisis que hacen de Unamuno un ser contradictorio y cambiante, hemos deseado demostrar que, por encima de cambios de rumbo a menudo pasajeros y de evoluciones propias de cualquier ser humano durante un período tan largo, son evidentes las permanencias. En efecto, Unamuno sigue fiel hasta los últimos meses de su vida a su concepción más ética que económica o social del liberalismo como método para conseguir la libertad y acceder a una forma de convivencia muy conforme con un individualismo visceral que puede explicar su distanciamiento con la política de masas; también sigue fiel a su ideario pacifista y anticolonial, a la defensa de la libertad de pensamiento sea político o religioso.

I. UN OBSERVADOR APASIONADO Y CRÍTICO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

Por lo tanto, para destacar claramente los vínculos indestructibles de Unamuno con la historia de España, hemos optado por dividir su biografía íntima y pública en siete apartados, cuyos límites corresponden a etapas claves de su vida.

1. Los años bilbaínos y madrileños entre 1874 y 1890 dejan constancia del despertar temprano de su conciencia política desde su simpatía por un fuerismo romántico hasta su interés creciente por los temas sociales frente a la industrialización de Bilbao.

2. A partir de 1891, fecha de su nombramiento como catedrático de Griego en la Universidad de Salamanca, **y hasta 1900** se forja la figura de un intelectual cada vez más comprometido en la historia de España: se afilia al Partido Socialista en 1894; interviene en los procesos de los anarquistas de Montjuic, proclama su antimilitarismo y su anticolonialismo en el momento de la pérdida de las últimas colonias (1898).

3. Entre 1900 y 1914, empieza su largo rectorado, a menudo controvertido y combatido, tanto por la mayor parte del claustro como el obispo Cámara hasta 1904 y los sectores más conservadores de la sociedad salmantina hasta su destitución. Unamuno se vale entonces de la tribuna idónea del rectorado para «agitar los espíritus» durante los Juegos Florales y con motivo de los numerosos discursos y conferencias que imparte por toda España. Cuestiona el papel de la Iglesia, critica una universidad moribunda, los regionalismos, el Ejército; se alza en contra de la ley de jurisdicciones; propone soluciones para mejorar la enseñanza tradicional, la política agraria; entabla una polémica sobre Europa con José Ortega y Gasset; y su denuncia de las injusticias sociales cometidas por los terratenientes del campo charro es el factor detonante de su destitución.

Durante estos años, Unamuno deja de acudir casi exclusivamente a su pluma y, convencido de su misión de predicador ambulante, multiplica sus discursos convirtiéndolos rápidamente en «sermones laicos».

4. A partir de la Gran Guerra y hasta el orden de confinamiento de 1924 se libera aún más su palabra y gracias a su labor de periodista adquiere una estatura y una visibilidad en Europa –sobre todo en Francia– por su postura aliadófila. Conforme pasan los años se radicaliza su oposición a la monarquía y principalmente a la persona de Alfonso XIII. Por los años 1920 a 1923 es la víctima privilegiada de la censura militar y de varios procesos –entre ellos los de Valencia– y recibe el apoyo de la Liga de los Derechos del Hombre y de la masonería. Sigue escribiendo en la prensa, principalmente en *El Liberal* de Madrid, y se reactiva su proximidad con el socialismo, ya que sus artículos de *El Mercantil Valenciano* se reproducen a menudo en *El Socialista*. El golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923 produce un nuevo giro en su vida política y se opone inmediatamente a la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, animada según él por el propio rey Alfonso XIII.

5. Entre marzo de 1924 y febrero de 1930 se fortalece su figura de primer opositor a la dictadura, aunque queda fuera de España durante casi seis años. Después de su confinamiento de unos meses en Fuerteventura, decide exiliarse en París. A partir de su estancia en la capital gala (julio de

1924-agosto de 1925) se convierte en un verdadero conspirador y emprende una lucha tan activa como secreta contra el dictador y el monarca; escribe en el semanario clandestino *España con Honor*, multiplica los mítines con el respaldo de la Liga Francesa de los Derechos del Hombre. Esta Liga protesta primero contra su confinamiento antes de acogerlo y de protegerlo en París cuando se expresa públicamente contra el fascismo italiano; también respalda a Unamuno, ya exiliado en Hendaya después de dejar París, cuando denuncia la responsabilidad de la dictadura en la guerra de Marruecos, provocando graves tensiones diplomáticas entre el presidente de la República francesa y Miguel Primo de Rivera. A estas alturas Unamuno corre el riesgo de un segundo exilio forzado al norte de Francia por ser considerado como un peligro, tanto más cuanto que conspira activamente con un grupo de republicanos españoles y participa en la revista clandestina *Hojas Libres*. Finalmente, la dimisión de Miguel Primo de Rivera el 28 de enero de 1930 cierra un destierro largo pero fecundo que confirma el compromiso político de Miguel de Unamuno.

6. Entre febrero de 1930 y las elecciones del Frente Popular en febrero de 1936 se inicia para Unamuno una experiencia contrastada y al fin frustrada de la república. Después de su regreso triunfal a España, el que se erigió durante muchos años en proscrito, aparece como el defensor emblemático de una segunda república. Después de las elecciones municipales de abril de 1931, proclama la república en el balcón del ayuntamiento de Salamanca y es elegido diputado en junio de 1931. Además, algunos intelectuales lo proponen como futuro presidente de la república. Sin embargo, se siente progresivamente defraudado por una república que no corresponde a sus esperanzas y a partir de su fracaso en las elecciones de 1933 se aleja poco a poco de la vida política. Al agobio experimentado por las muertes de su hermana María en 1932, la de su hija Salomé al año siguiente y la de su esposa Concha en mayo de 1934, se suma su incompreensión frente a la violencia y a la brutalización de una política de masas muy alejada del liberalismo de su juventud. En 1935 su nombramiento como ciudadano de honor de la república no mitiga su angustia y aboga como en otras ocasiones por la concordia y la tolerancia.

En febrero de 1936, después del triunfo del Frente Popular, se agravan los disturbios y la escisión entre dos Españas. Unamuno asiste impotente a la progresiva degradación de la vida política y al alistamiento masivo de gran parte de la juventud española en el fascismo o el bolchevismo.

7. El 18 de julio de 1936 estalla la Guerra Civil, pronto calificada por él de «incivil» y empiezan semanas e incluso meses de incertidumbres, confusión y dolor. En un primer tiempo su adhesión al alzamiento del general Franco, tan contraria e inexplicable dentro de su recorrido político, le vale el rechazo y las críticas acerbas del Gobierno republicano que lo destituye. Resulta difícil justificar –sobre todo desde nuestro presente– este cambio de rumbo tal vez inspirado por la angustia frente al desorden y una visión errada del golpe militar, asimilado al principio a uno de los numerosos pronunciamientos del siglo XIX. Por lo demás, varias declaraciones a periodistas extranjeros que mezclan verdades con mentiras y su restitución en el puesto de rector por el general Franco pueden confirmar su adhesión a los golpistas. Con todo, es esencial la propaganda del bando rebelde y conviene enjuiciar con prudencia la donación exorbitante de 5.000 pesetas –transformada en 50.000 por el falangista Bartolomé Aragón en su periódico *La Provincia* de Huelva–, el mensaje de septiembre de 1936 mandado a las universidades del mundo, verdadera requisitoria contra la república firmada por Unamuno pero no redactada por él.

Sea lo que fuere, si bien quedan zonas de oscuridad e incertidumbre acerca de aquellas semanas entre el golpe de Estado y principios de octubre, el acto del Día de la Raza el 12 de octubre de 1936 aclara definitiva e incontestablemente la postura final de Miguel de Unamuno. Su

emblemático «vencer no es convencer», pronunciado a la sazón aquel día y confirmado por el reciente descubrimiento del único testimonio escrito de uno de los asistentes, es como un acto de contrición, el reconocimiento explícito de una ceguera pasajera. Por si quedaran dudas, cabe leer las páginas sobrecogedoras del borrador de *El resentimiento trágico de la vida*, confesión redactada entre principios de septiembre y finales de noviembre de 1936. Miguel de Unamuno reconoce y lamenta sus errores y acaba afirmando que son «peores los Hotros (los sublevados) que los Hunos (los bolcheviques)». También su último consejo, casi un ruego, resumido en una frase: «Hay que renunciar a la venganza», que cierra este borrador y aparece en otras notas hasta ahora olvidadas, deja constancia de la búsqueda permanente de la «paz en la guerra» iniciada en su primera novela de 1897. Además, las cartas rescatadas del olvido a su amigo el escultor vasco Quintín de Torre y a corresponsales italianos recalcan la desesperanza de un hombre que intuye con lucidez que «no habrá paz sino victoria» y que los que ya se exiliaron no podrán volver rápidamente a España.

Este rápido recorrido cronológico evidencia una concordancia permanente entre la historia de España y los escritos, palabras y vivencias de Miguel de Unamuno, convirtiéndole en el mayor espectador y a veces actor de la política española de su tiempo.

Con todo, es indispensable analizar qué definición da de la política y cómo la pone en práctica a lo largo de casi seis décadas.

II. UN POLÍTICO HETERODOXO

La concepción de la política por Miguel de Unamuno revela claramente una heterodoxia también evidente en su rechazo de los dogmas religiosos, filosóficos e incluso en su aprensión de la vida en sociedad. En resumen, traduce su afán de preservar siempre su individualidad y, por ende, su libertad de pensamiento.

El ideario político que va conformando se basa en unos fundamentos que repite a lo largo de seis décadas con muy pocos cambios y que convergen hacia una afirmación principal: el rechazo de la política tradicional y la adopción de otro modelo más globalizador y multiforme.

1) EL RECHAZO DE LAS ETIQUETAS Y PARTIDOS es el fundamento de su ideario político y lo expresa hasta el final de su vida.

En sus cuadernos íntimos de 1890-1891, confiesa que no quiere pertenecer a ningún partido por ser «un díscolo, un indisciplinado» y por miedo a «hacerles daño», a «disolverlos».

Prueba de la coherencia de su pensamiento y de su lucidez es la declaración que hace en septiembre de 1931 delante los diputados de las Cortes: «Nunca he figurado en ningún partido, entre otras cosas por el temor de que si entraba en un partido lo partiría más de lo que estuviera partido».

Por esta razón, ya desde finales del siglo XIX, incide en su voluntad de no dejarse clasificar cuando se vale de la imagen del ganado para declarar que se niega a que le pongan «marca o hierro de ganadería política alguna» y puntualiza que es «un francotirador» (noviembre de 1914).

Pese a estas declaraciones, se adhiere a la Agrupación Socialista de Bilbao en 1894, pero deja muy pronto de pagar su cuota y su compromiso político se reduce a los artículos que escribe en

La Lucha de Clases antes de una ruptura en 1897. Con todo, perduran sus convicciones socialistas y las expresa públicamente desde 1914 hasta su confinamiento.

Asimismo, se siente en varios momentos atraído por un mandato de concejal o de diputado, pero en cada ocasión afirma que lo «presentan».

En diciembre de 1920, después de dos fracasos en las elecciones generales, es de nuevo candidato por Bilbao (Partido Republicano) y Madrid (Partido Socialista) y aunque dice que lo han solicitado, no puede ocultar a sus lectores argentinos de *La Nación* sus dudas y esperanzas:

Me han pedido mi nombre, y como mi nombre no es ya mío, sino público, no lo he podido negar. [...] Me halagaría –¿y cómo no? – obtener una regular votación en cuanto ello implique un aplauso a mi labor cívica, a mi política fuera de partidos, pero ¿quiero o no quiero ser diputado? ¿Si pudiese obtener en todos los distritos una minoría que sumadas estas formasen una acumulación grande...! ¿Pero quiero o no quiero ser diputado? Ni yo lo sé...

En realidad, apenas se mueve para ser elegido y afirma: «Cuanto más de cerca se ve esto de elecciones y encasillamientos y políticas de partido, más repugna».

El día 20 de diciembre, cuando se entera de su fracaso, confiesa su amargura y declara que es «hereje aun dentro de la herejía». Vuelve a oponerse a la política de partidos y no vacila en manejar la paradoja cuando escribe: «Habría de formarse uno, un partido, en torno a mi nombre, y disentería de él. Por espíritu de herejía» («Diario de un azulado», *La Nación*, Buenos Aires, 6 de febrero de 1921).

Participa concretamente en nueve comicios (municipales y nacionales) y sufre seis fracasos. En cambio, sale elegido concejal dos veces en Salamanca (noviembre de 1917 y abril de 1931) y diputado en el Congreso (junio de 1931).

Aunque sale elegido en las Cortes, pronto muestra su disconformidad con el aparato político: apenas unas semanas después de su elección, declara que no es un político de oficio, el 25 de setiembre de 1931 durante los debates sobre el Estatuto catalán. Empieza a pesarle un poco el Parlamento y critica las «maniobras» de la «electorería».

También reivindica su independencia y su libertad de pensar y actuar al mismo tiempo que pone a España por encima de todos los partidos:

Yo no soy un diputado de Castilla; ni siquiera, en rigor, creo que me ha traído aquí la república, aunque sea hoy un diputado republicano. Aquí me ha traído España; yo me considero como un diputado de España; no un diputado de un partido, no un diputado castellano, no un diputado republicano, sino un diputado español (*Diario de sesiones*, 25 de setiembre de 1931, n.º 45, p. 1166).

Estos pocos ejemplos muestran de sobra que Unamuno no desea avalar una política institucional, pero a lo largo de los años no deja de afirmar que es político.

2) LA POLÍTICA SEGÚN MIGUEL DE UNAMUNO

Ya que resulta imposible dar cuenta de manera exhaustiva del compromiso político de Unamuno, por muy extensa y variada que sea una exposición, nos contentaremos de momento con presentar unas líneas directrices que vertebran sus cuestionamientos acerca de la vida política de

España, asimilada por él a su historia durante una conferencia dada en el Casino Republicano de Bilbao en enero de 1924: «Fuera de la historia, en realidad, no hay política. La política es historia, y la historia puede decirse que no es, en el fondo, más que política».

Además, es obvio que la obra periodística Miguel de Unamuno (más de 4.000 artículos) así como sus discursos, conferencias y entrevistas participan de su voluntad de informar a sus conciudadanos y de «hacer opinión pública». De hecho, ya en 1898, el entonces catedrático de Griego de la Universidad de Salamanca incide en el papel pedagógico de la prensa y escribe que «es la que da el principal material de la historia contemporánea» («La cátedra de la prensa», *La Época*, Madrid, 2 de septiembre de 1898).

Abecedario del itinerario político de Unamuno

Enseñanza

«Los maestros son tontos de capirote que ni saben ni sabrán jamás lo que es ciencia. [...] De la enseñanza primaria vale más no hablar» (1890-1891).

«Las tres principales preocupaciones del catedrático suelen ser el escalafón, el libro de texto y las vacaciones y cuando no toma la cátedra de cómodo trampolín [...] corre gravísimo riesgo de parar en melancólico caballo de noria de la rutina de la enseñanza oficial» (noviembre de 1914).

Europa

«España está por descubrir, y solo la descubrirán españoles europeizados» (*En torno al casticismo*, 1895).

«En vez de sentirnos un pueblo europeo, nos sentimos una dependencia de Europa; no pensamos sino en aprender de ellos, sin que se nos ocurra que a nuestra vez hay algo también que podemos enseñarles» (27 de julio de 1909).

«¿Que no tenemos espíritu científico? ¿Y qué, si tenemos algún espíritu? ¿Y se sabe si el que tenemos es o no compatible con ese otro?»

Mas al decir «¡que inventen ellos!», no quise decir que hayamos de contentarnos con un papel pasivo, no. Ellos, a la ciencia, de que nos aprovecharemos; nosotros, a lo nuestro. No basta defenderse, hay que atacar» (1912).

«El partido republicano italiano y las organizaciones republicanas españolas acuerdan promover sin demora la creación de una liga europea que tendiendo a agrupar sobre la base de una adhesión explícita a principios democráticos [...] esté en disposición de cooperar incansable y eficazmente [...] a la formación de los Estados Unidos de Europa» (Pacto de alianza entre los republicanos italianos y españoles, firmado en Burdeos el 7 de octubre de 1928 por Miguel de Unamuno y Eduardo Ortega y Gasset por las organizaciones republicanas españolas).

Fascismo y Falange

«El hediondo fajismo italiano –esa maffia [sic] de la hez intelectual y moral de Italia que tiene a su frente a la mala bestia de Mussolini–» (marzo de 1931).

«¿Arriba España! Sí, y abajo los arribistas» (noviembre de 1936).

«La llamada Falange –partido político, aunque lo niegue– [...] empieza a querer absorber a los otros y dictar el régimen futuro» (noviembre de 1936).

Guerras coloniales

«Merecemos perder las colonias más que por crueles (que lo somos) por imbéciles y por soberbios» (mayo de 1898).

«La idea misma de *eleva*r al indígena haciéndole español en espíritu cela una profunda soberbia. Lo humano es dejarle que sea lo que es y que se eleve en su línea, no en la nuestra. Vale más un buen guaraní o un buen tagalo que un mal español» (junio de 1898).

«¡Cruzada! Y es claro los moros la resisten. ¡Cruzada! Y se ha ido a *civilizarlos* con la cruz de la espada» (diciembre de 1924).

Iglesia

«Hay que descatolizar a España para cristianizarla, y que tengamos ideal nacional e ideal religioso» (mayo de 1902).

«Llegan días de prueba, y de depuración acaso, para la Iglesia católica romana de España, días en que tendrá que renunciar a insensatas “cruzadas” para dedicarse a su “misión” propia, que es, «en su máxima parte, obra de españolidad» (enero de 1932).

Liberalismo

«Siempre he sido liberal, liberal sobre todo y no de liberalismo circunstancial, no timorato pero los pseudorradicalismos anticristianos y las progresistadas de similar me molestan» (1913).

«Ya liberalismo y monarquía son incompatibles en España» (noviembre de 1923).

«Yo, que laboré, tanto como el que más, por el advenimiento de la república, comprendo que su funcionamiento es el fracaso del liberalismo, o sea, de los derechos individuales que vengo proclamando desde el 98. Perdida la individualidad el régimen no me satisface. Prefiero ser anarquista antes que ser dictador» (noviembre de 1932).

Militarismo

«Odio el patriotismo, la hidalguía, la nobleza, el pundonor, el heroísmo [...] y creo que mientras haya ejércitos no habrá civilización» (mayo de 1898).

«Abogo por una república civil porque el militarismo es la mayor plaga del siglo...» (abril de 1931).

«El Ejército es el único armazón sobre el que puede construirse algo verdaderamente serio en España» (entrevista a Unamuno, *post* 18 julio de 1936).

«Me adherí y dije lo de que hay que salvar... que repitió Franco. Que [se] equivocaba. No es civilización, sino militarización; no occidental, sino africana; no cristiana, sino pagana. Del repugnante imperialismo pagano italiano y tudesco. Yo creí que era un mov[imiento] popular y laico. No» (diciembre de 1936).

Patriotismo

«También yo, como Ortega y Gasset, siento el patriotismo como una espada atravesada» (noviembre de 1914).

«Bajo el supuesto honor de las armas hay un mero interés de industria, son los mercenarios del honor y del patriotismo, y ellos y el rey unidos, pese a ficciones, en el saqueo, para unos y para otros la patria no es más que patrimonio» (mayo de 1925).

«A nadie, sujeto o partido, grupo, escuela o capilla, le reconozco la autenticidad, y menos la exclusividad del patriotismo. En todas sus formas, aun las más opuestas y contradictorias entre sí, en siendo de buena fe y de amor, cabe salvación civil» (abril de 1935).

Pluma y palabra

«España está muy necesitada de una nueva guerra civil, pero civil de veras, no con armas de fuego, ni de filo, sino con armas de ardiente palabra que es la espada del espíritu» (agosto de 1903).

«No necesito protecciones. [...] Yo no llevo más armas que un cortalapiceros y mi pluma estilográfica» (noviembre de 1919).

«Han podido comprobar que mi pluma taja, más que las espadas de los generales de la tiranía» (abril de 1926).

Política

«Sí, yo hago política y lo hace todo el que manifieste públicamente su opinión sobre el problema público» (9 de julio de 1914).

«Por mi parte me creo perfectamente definido en política, aunque no me apunte en ningún registro de comité ni admita etiqueta, y que si creo que he de hacer mal feligrés en cualquier parroquia haría peor párroco y pésimo pontífice» (30 de septiembre de 1920).

«Recuerdo que una vez [...] me dijo Melquíades Álvarez: “Eso que usted hace, don Miguel, le puede hacer un escritor, un filósofo, un pensador; pero no un hombre que aspire a gobernar”. Yo le contesté: «Es que no aspiro a gobernar: yo gobierno» (abril de 1935).

Raza

«Valiera más que en vez de Fiesta de la Raza se le llamase Fiesta de la Lengua. [...] Y es el olor a colonia, es el dejo colonial lo que hay que borrar» (1919).

«Ya raza empieza a querer significar algo así como lo que significa en la actual Alemania, la del racismo, [...] la de ese venenoso concepto de los arios [...] con su secuela de antisemitismo y otros antis tan salvajes como este» (octubre de 1935).

Regionalismos

«No me cabe duda de que una vez que se derrumbe nuestro imperio colonial surgirá con ímpetu el problema de la descentralización, que alienta en los movimientos regionalistas» (julio de 1898).

«Nadie con más tesón ha defendido la salvaje autonomía [...] de su propia personalidad diferencial. [...] Ni individuo, ni pueblo, ni lengua renacen, sino muriendo, es la única manera de renacer: fundiéndose en otro» (septiembre de 1931).

En resumidas cuentas, es evidente que todas estas citas convergen hacia un único objeto de preocupación, casi obsesivo: España y su porvenir. Para él, «vasco por los cuatro costados», hablar y escribir sobre España es indisociable del castellano. Por lo tanto, no es de sorprender que el tema escogido para su última gran conferencia con motivo de la inauguración del Colegio de España en París se titule «El destino de España y universalidad de su lengua» (10 de abril de 1935). Además, este vínculo indefectible con su patria hecha lengua se refleja en un soneto de 1910 titulado «La sangre de mi espíritu»: «La sangre de mi espíritu es mi lengua, y mi patria es allí donde resuena soberano su verbo» (10 de octubre de 1910).

3) CÓMO SE HACE POLÍTICA

La obra de Miguel de Unamuno ofrece a sus lectores un ejemplo de permeabilidad entre los diferentes géneros y tipos de escritura, prueba de su voluntad de escapar de los modelos fijos. Aplica también en dos ocasiones el mismo criterio a la política cuando recalca sus vínculos con la poesía:

El que esto escribe, por su parte puede decir que si algo ha hecho en poesía, en verso o prosa, en novela, en cuento, en drama, en ensayo artístico, que haya de perdurar en vida de espíritu, se debe a que ha sentido con intensa pasión la historia de su patria, a que siente la política. Como cree que su acción política, sus artículos y sus discursos de combate civil logran alguna eficacia en el ánimo de sus conciudadanos, se debe a lo que hay de poesía en ella («Poesía y política», *Nuevo Mundo*, 6 de octubre de 1922; *La Voz de Guipúzcoa*, 31 de mayo de 1934).

a) La poesía, arma del combate político

En los momentos difíciles que vive España numerosos son los casos en que Unamuno acude a la poesía, por ejemplo a raíz del desastre de la matanza del Barranco del Lobo, con un poema titulado «Salutación de un vasco a los rifeños sus hermanos» en que se alza en contra de la presunción y del complejo de superioridad de esos europeos que pretenden civilizar a los rifeños y que enarbolan la religión para justificar sus conquistas.

También se vale de la «despedida» de su poemario *Teresa* en septiembre de 1923 para criticar el golpe militar de Miguel Primo de Rivera y confiesa que sus comentarios son coetáneos de los artículos periódicos en los que trata de «dar vida» a la historia de su «conturbada España».

Con todo, es durante su destierro cuando Miguel de Unamuno más utiliza la poesía no solo para recoger sus sentimientos y vivencias, sino para combatir la dictadura, y no vacila en valerse de improperios e insultos para calificar principalmente a sus tres bestias negras: el rey Alfonso XIII; Primo de Rivera, «el Ganso Real»; y Martínez Anido, «el Cerdo Epiléptico».

b) El ensayo y la novela

También acude a su más destacado ensayo filosófico para matizar su reflexión sobre Europa y prolongar su polémica con José Ortega y Gasset cuando publica a finales de 1912 la última parte de su futuro *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* en *La España Moderna*.

Durante su destierro, se vale también de la prosa para asociar estrechamente su propio destino al de España y hacer una síntesis entre vida íntima y vida política. Así, en la introducción a *La agonía del cristianismo* afirma que «toda cuestión, política o lo que sea, debe concebirse, tratarse y resolverse en su relación con el interés individual de la salvación eterna, de la eternidad».

La permeabilidad entre los géneros es aún más evidente cuando, al final de este ensayo, Unamuno cuestiona el papel de la Iglesia católica española y critica violentamente al rey Alfonso XIII con motivo de los sucesos de Vera de Bidasoa en noviembre de 1924.

Otro ejemplo significativo de su concepción de la acción política es *Cómo se hace una novela*, versión definitiva del relato del destierro en París. En 1927 reelabora en Hendaya las vivencias de su estancia parisina (1924-1925) para dirigir críticas a menudo violentas no solo a la dictadura, sino a sus conciudadanos por su cobardía y abulia. Asocia la política a la literatura y la historia cuando confiesa: «Lo que busco, lo que busca todo escritor, todo historiador, todo novelista, todo político, todo poeta: vivir en la duradera y permanente historia, no morir».

c) La oratoria

Además de estos pocos ejemplos sacados de sus escritos, Miguel de Unamuno se vale de la oratoria a partir de 1900 y sus «sermones laicos», que son otra manera de «hacer política» y de proclamar como otros intelectuales el *Kulturkampf* o combate por la cultura.

Al respecto, expone su programa a su amigo Pedro Grandmontagne en una carta de diciembre de 1901:

Ahora he entrado en un período de labor casi febril, preparando una seisena de sermones laicos, seis conferencias que voy a dar. Versarán: 1.ª, Introducción; 2.ª, El problema de la patria; 3.ª, El problema político; 4.ª, El problema pedagógico; 5.ª, El problema económico; y 6.ª, El problema religioso. [...] Lo mejor acaso de las seis conferencias será su unidad, el enlace de los cinco problemas, el modo de conexionarlos.

Cuando aborda «el problema de la patria» se aleja de la política dominante, que preconiza una atención particular al modo de ser y a las aspiraciones de cada región. Tal es el caso de su discurso polémico de mantenedor de los Juegos Florales de Bilbao en que descalifica el vascuence proponiendo una concepción de la patria cimentada por un idioma único, el castellano, aserción que ha de repetir contra viento y marea durante años. Aboga por una política regional de integración y no de exclusión ilustrada por su declaración de mayo de 1932 en el Liceo Andaluz de Madrid, en que diserta sobre la «bilingüidad» en estos términos: «Los catalanes serán más catalanes, cuanto más españoles sean».

Finalmente, para fundar su proyecto de «hacer patria» afirma que «nadie, ni individuo ni pueblo, puede salvarse sin salvar a los demás. Un país necesita concebir la idea de para qué existe, tener su ideal, adquirir conciencia de sí; y esta conciencia encarna en una organización política».

«El problema pedagógico» ocupa un sitio relevante y declara que «hay que convertir a la patria en una escuela». Aboga por una enseñanza laica y afirma: «Para evitar que la Iglesia enseñe, proclamar cierto socialismo pedagógico y el Estado docente».

De hecho, el problema pedagógico está íntimamente vinculado con la religión y en varios discursos su combate contra las supersticiones mantenidas por la Iglesia católica se resume en una fórmula impactante: «Hay que descatalizar a España para cristianizarla».

Cuando se propone tratar «el problema económico», Unamuno se interesa por la cuestión obrera y defiende los derechos laborales durante la huelga de 1903 en Béjar, cuando declara:

La lucha es dolorosa, pero es de esperar que merced a ella llegue día en que se convenzan en España todos los patronos que no son ellos los que dan de comer a los obreros, sino estos los que les alimentan, que no se puede ni se debe exigir ciertos respetos y sumisiones que implican relación de inferior a superior (*El Diario*, Salamanca, 24 de enero de 1904).

Por los mismos años, se interesa por la situación en Vizcaya, se alegra del «despertar del pueblo» y escribe a un corresponsal residente en Argentina que «de la clase obrera es de la que hay que esperar aquí la renovación».

Otro momento clave de su interés por el problema obrero está relacionado con la huelga general del verano de 1917. A finales de octubre reprende con violencia la actitud del Ejército y de los conservadores:

La canalla reaccionaria y conservadora, y desde luego la troglodítica, aullaba contra los *intelectuales* y los *inductores* y defendía la especie de la no licitud de las huelgas que no lo sean por razones puramente económicas. ¡Pan y toros! («En Salamanca: notas de un testigo», *España*, 25 de octubre de 1917).

También se alza en contra de «las absurdas leyes de jurisdicciones especiales y de casta, reliquias de la barbarie de los tiempos de despotismo, clericalismo y pretorianismo».

Dicho esto, Unamuno no solo se contenta con observar la vida política de su país y de criticarla; se compromete, sea en sus escritos, sea en sus discursos, conferencias y entrevistas.

III. ACCIÓN Y CONTEMPLACIÓN

1) ACTIVISMO POLÍTICO

Como auténtico intelectual, Miguel de Unamuno se manifiesta durante toda su vida con su pluma para influir en la opinión pública, pero el momento en que su acción política cobra más visibilidad y eficacia es cuando acude a la palabra, esencialmente en situaciones graves o agitadas para España.

a) Hacer opinión con la pluma

Durante casi seis décadas la principal arma utilizada por Unamuno para tener peso en los debates políticos que agitan España es la prensa. Él mismo se presenta a menudo como «publicista» y si al principio esta tarea responde a veces a necesidades pecuniarias, con el tiempo se convence de que «un publicista que escriba de política llega siempre a representar una fuerza social» («La representación política del escritor», *El Liberal*, Madrid, 14 de abril de 1920).

Por esta razón, la mayoría de los documentos presentados en esta exposición son artículos de prensa que expresan sus cuestionamientos y a menudo sus críticas de las autoridades vigentes: oposición cada vez más violenta a la monarquía y a la persona de Alfonso XIII, que le vale procesos y condenas; críticas acerbas de la dictadura en España y sobre todo durante el exilio, a través de los dos periódicos clandestinos *España con Honra* en París y *Hojas Libres*

en Hendaya; denuncia de las guerras coloniales en Cuba, Filipinas y Marruecos, asociada a la crítica implacable del papel del Ejército con la ley de fugas y de la Iglesia que acude a partir de 1924 a la noción de cruzada.

Está claro que tal lista, inevitablemente incompleta, puede reforzar la semblanza comúnmente difundida de un Unamuno atrabiliario y contradictorio reflejada en el título sugerente de «Contra esto y aquello» dado en 1912 por él mismo a un conjunto de artículos de crítica literaria. Con todo, en el prólogo a la segunda edición en 1928, intenta deshacerse de esta leyenda de escritor «no satisfecho con nada ni con nadie y dedicado más a negar y destruir que a afirmar y construir» y afirma que todo eso «es falso». Efectivamente, Unamuno publica también artículos de apoyo en varias circunstancias y mensajes en favor de la paz y concordia entre los españoles: defensa de los procesados de Montjuic, alegato por la paz en plena guerra de Cuba y en cualquier conflicto, rechazo de la pena de muerte, reivindicación acerca de los derechos de las colonias a disponer libremente de su destino; lucha contra el concepto de raza, etc.

Además, esta exposición quiere matizar la imagen de un hombre siempre solitario e independiente, ególatra empedernido encerrado en sus convicciones. La rectifican sus numerosas adhesiones a manifiestos y protestas en relación con la vida cultural y política nacional y europea desde principios del siglo XX casi hasta la Guerra Civil.

Después de participar en un proyecto de manifiesto firmado por intelectuales a favor de la modernización de España tras el desastre de 1898, Unamuno interviene concretamente en el debate público en momentos claves: durante la Gran Guerra, toma parte en octubre de 1914 en el mensaje de apoyo a los aliados difundido por más de doce diarios franceses después de las destrucciones de Malinas, Lovaina y Reims.

En 1917 es, como los hermanos Machado y Manuel Azaña, uno de los firmantes del Manifiesto de la Liga Antigermanófila en la revista *España* que quiere «llevar su espíritu a la calle, a la tribuna, a la prensa y aun al Parlamento».

En noviembre de 1918 participa también en la misma revista en «El Llamamiento de la Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres» para afirmar que para formar parte de la Sociedad de Naciones España «debe democratizarse y desaparecer todo poder arbitrario de la gobernación del Estado español».

El 1 de abril de 1922 figura entre los primeros de una lista de 400 que se dirigen al ministro de Educación César Silió y Cortés, a favor de la libertad de cátedra después de la denuncia de una profesora de la Escuela Normal de Lérida por el obispo de esta ciudad.

El 1 de septiembre de 1926 Unamuno firma en *Le Midi Socialiste* un manifiesto internacional en favor de una desmilitarización de las naciones y de la abolición universal del servicio militar obligatorio, que degrada la personalidad humana.

El 15 de mayo de 1931, con otros intelectuales –entre ellos Gabriel Alomar– protesta en el *Heraldo de Madrid* contra la quema de conventos en ciudades de las provincias de Valencia y Andalucía. Los firmantes se alzan en contra de «una despreciable minoría» y lamentan que el «levantamiento espiritual» que constituyó la proclamación de la república esté a punto de quedar sepultado en «una oleada de barbarie».

El 10 de junio de 1933 firma un manifiesto antifascista que pide la formación en España de un comité de intelectuales «que encauce la campaña contra «el movimiento hitlerista».

En febrero de 1935, Unamuno, contactado por Ramón del Valle-Inclán, acepta firmar una petición presentada por Azorín a favor de la amnistía de los procesados por la fallida revolución de Asturias del año anterior.

En *El Sol* de Madrid del 11 de agosto de 1935 se compromete a pedir la revisión del proceso del asesino del periodista Luis Sirval con otros intelectuales, entre ellos Antonio Machado, José Bergamín, Azorín y Juan Ramón Jiménez.

Además, durante su largo destierro, deseoso de influir directa y activamente sobre la opinión pública española, sortea la imposibilidad de publicar en la prensa y la censura multiplicando las cartas abiertas –unas diez– que aparecen en *España con Honra* y *Hojas Libres*. Estas se reproducen luego para difundirse clandestinamente por toda España y menudean a partir de la primavera de 1925 hasta finales de 1929. Se dirigen explícitamente a grupos o a personajes destacados y cobran un carácter militante. Con todo, ocupan un sitio aparte las que manda a los estudiantes, con los que tiene un vínculo entrañable desde finales del siglo XIX. Coloca en ellos todas sus esperanzas, porque son para él los verdaderos impulsores de la resistencia a la dictadura y los estudiantes confirman su opinión cuando, en abril de 1925, convierten en acto político la ceremonia de acogida de los restos de Ángel Ganivet repartiendo entre la asistencia una tirada de cinco mil ejemplares de la carta abierta del exiliado.

Estos pocos ejemplos dejan constancia de que el ejercicio de la política por Miguel de Unamuno es indisoluble de su actividad de escritor y publicista, pero cuando se da cuenta del poder de la palabra –sobre todo a partir del rectorado–, la utiliza, siempre para agitar los espíritus y convencer a sus conciudadanos, sobre todo en las horas difíciles.

b) El poder de la palabra

A partir del momento en que Unamuno se siente investido de una misión, la de «agitador de los espíritus», se convierte en «predicador ambulante» o «caballero andante de la palabra» multiplicando discursos y conferencias, primero en Salamanca y luego por todo el país.

En las primeras dos décadas del siglo XX, da a conocer su visión del porvenir de España con los citados sermones laicos que son otra manera de «hacer política». Pero se involucra aún más directamente en la acción sobre el terreno con motivo de las campañas agrarias que emprende a partir de 1905 para denunciar las causas de la emigración masiva de los habitantes del campo charro. Reanuda su combate con más vigor entre 1912 y 1914 en compañía de varios colegas de la Universidad de Salamanca, fustigando a los terratenientes que privan a los campesinos de sus tierras para criar toros bravos.

Sin embargo, es en el momento de la Gran Guerra cuando cobra otra dimensión su actividad política y en el mitin de la plaza de toros de Madrid del 27 de mayo de 1927, ante unos 25.000 espectadores, se convierte en la figura emblemática de la causa aliadófila y de la oposición a la monarquía y sobre todo a Alfonso XIII.

Los procesos de septiembre de 1920 por haber insultado al rey no mitigan sus críticas desahucadas a la monarquía, a la reciente dictadura y a los militares. Además de artículos de prensa demoledores, toma la palabra en varios discursos y conferencias a principios de enero de 1924 en Bilbao y afirma a la sazón que, frente a la grave situación que vive España, el único remedio es «meterse en política» para evitar que los políticos «la hagan mal» y fustiga «la porquería electorera», lo que causa en parte su confinamiento en Fuerteventura.

A pesar del alejamiento de España, no deja de actuar contra la dictadura, sobre todo en Hendaia, a pesar de una estrecha vigilancia y de presiones para alejarlo de la frontera. Además, a partir de su estancia en París no solo se opone a la política interior y exterior de España en Marruecos, sino que critica duramente el fascismo italiano, recalcando el peligro que representa para las libertades individuales. Consolida entonces la estatura internacional que ya había adquirido durante la Gran Guerra sin pasar las fronteras de su país.

A su vuelta a España, definitivamente convertido en símbolo de la defensa de la república, se compromete a fondo en la acción política. Hasta mayo de 1931 no puede publicar en la prensa española por la censura siempre vigente (solo tres artículos enteramente censurados en 1930), pero pronuncia unos 60 discursos, principalmente con motivo de las elecciones municipales y generales.

Adquiere claramente el estatuto de líder político cuando desfila en Madrid el 1 de mayo de 1931 cogido del brazo de Francisco Largo Caballero y de Indalecio Prieto y cuando es elegido diputado a Cortes por Salamanca en junio de 1931.

Sus contadas intervenciones de peso en el Congreso se producen durante los debates sobre el Estatuto de Cataluña, y giran principalmente en torno al idioma y a la obligatoriedad de estudiar el castellano, pero no es para él el sitio idóneo para ejercer una verdadera acción política.

Prueba de su desengaño es su declaración «me duele la república» en el Ateneo de Madrid (noviembre de 1932). A partir de 1933, casi no interviene en las sesiones de las Cortes y en abril de 1933 dimite de su puesto del presidente del Consejo de Instrucción Pública ocupado desde abril de 1931. Finalmente, no sale elegido diputado a principios de diciembre de 1933 y su protagonismo político se reduce a varias consultas con el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora.

De todas formas, los duelos de su hermana María, de su hija Salomé y de Concha, unidos a su jubilación en septiembre de 1934, lo sumen poco a poco en una postura contemplativa, aunque sigue fiscalizando día tras día la vida política de su país.

El 6 de noviembre de 1934, con motivo de la apertura de la cátedra Francisco de Vitoria, emprende delante de unos estudiantes uno de sus últimos combates cuando alzándose contra la pena de muerte declara: «Pena de muerte, ¡pase!, pero sin verdugos. O que hagan de tales los que niegan la suprema justicia del indulto de ella».

En abril de 1935 el texto de agradecimiento por su nombramiento de ciudadano de honor de la república aparece como un testamento más espiritual que político. Es una especie de «profesión de fe de ciudadanía española» y, como hiciera poco antes en el discurso pronunciado en París con motivo de la inauguración del Colegio de España, incide en que «lo que ciertos cuitados han dado en llamar la AntiEspaña es otra cara de la misma España» y que pueden ser un factor de unión las «adversidades mutuas».

Al fin y al cabo, el último y tal vez más significativo acto político de Miguel de Unamuno es su corta intervención en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, en la que la fórmula impactante «vencer no es convencer» resume por sí sola la gran coherencia de su pensamiento, ya expresado en Bilbao en una conferencia de 1886 titulada «El derecho y la fuerza», en la que declaraba: «Al vencimiento que es el sucumbir de la libertad sustituya el convencimiento que es el sucumbir de la voluntad».

Durante tantos años, Miguel de Unamuno, como todos, comete errores e incluso llega a «divorciarse» de la historia de su país, aunque España es incontestablemente su mayor objeto de preocupación.

2) REPLIEGUE Y DESENCUENTROS CON LA HISTORIA DE ESPAÑA

Está claro que en ciertos momentos Miguel de Unamuno aparece desfasado respecto a la actualidad política de su país y con las aspiraciones de sus conciudadanos.

La conferencia de la Zarzuela, 25 de febrero de 1906

A consecuencia de las esperanzas suscitadas por sus artículos «La crisis del patriotismo español» y «La Patria y el Ejército», le piden varios intelectuales y jóvenes que dé una «conferencia popular» pretextando que los artículos de revistas llegan difícilmente a la masa del pueblo.

Durante esta conferencia, Unamuno desarrolla tópicos sobre el papel de la prensa, la apatía de la juventud o también la cuestión agraria y el poder casi inexistente del Parlamento. El proyecto de la «ley de jurisdicciones», motivo de esta reunión, está relegado al segundo plano, así como las declaraciones acerca del Ejército. Finalmente, el conferenciante se niega a traer un programa y volviendo a la tonalidad de sus sermones laicos incide en su voluntad de animar los espíritus. Se refugia en la ficción afirmando que si volviera don Quijote dejaría la lanza y la adarga y tomaría la pluma para combatir.

El divorcio es profundo entre el orador y su audiencia, que se siente defraudada. En realidad, como en otras circunstancias, Unamuno quiere huir del protagonismo puramente político desarrollando la idea de un «patriotismo espiritual», poco adecuado a las circunstancias y a la espera del público.

El caso Ferrer, octubre de 1909

Después de la Semana Trágica de Barcelona en 1909, la condena a muerte del anarquista Francisco Ferrer y su ejecución provocan una ola de protestas más potente en el extranjero (Bélgica y Francia) que en España. En estas circunstancias Unamuno se niega a unirse a las protestas y critica violentamente a Ferrer. En realidad, esta condena interviene en plena polémica con José Ortega y Gasset sobre Europa y Unamuno escribe al escritor danés Carlos Bratli: «De España se habla casi siempre en el extranjero, y singularmente en Francia, sin conocerla. Y ahora se ha levantado contra nosotros toda la golfería internacionalista» (20 de octubre de 1909).

Con todo, el 7 de diciembre de 1917, el artículo «Confesión de culpa», publicado en *El Día*, de Madrid, anuncia un cambio de tono evidente, pues reconoce que le «hirió en lo vivo» la campaña de «calumnias, de insultos, de embustes» contra España. Luego afirma:

Tal estado de mi ánimo hace ocho años me impidió enterarme serena y desapasionadamente del proceso Ferrer. [...] Sí, hace años pequé y pequé gravemente contra la santidad de la justicia. El inquisidor que llevamos todos los españoles dentro me hizo ponerme al lado de un tribunal inquisitorial.

La visita a Palacio, abril de 1922

En otra circunstancia, después de su visita a Palacio en abril de 1922, los primeros comentarios insustanciales de Unamuno contrastan tanto con los juicios anteriores tan implacables que solía hacer sobre el rey, que tiene que dar una conferencia en el Ateneo el 12 de abril de 1922. Pero su discurso queda algo confuso y desordenado, pues repite que rechaza las etiquetas y añade «que se pueden tener opiniones y sentirse liberal sin necesidad de ponerse rótulos».

Miguel de Unamuno se siente de nuevo en la obligación de justificarse en *El Mercantil Valenciano*, «maleado en mucha parte por la picarería de los políticos de oficio» y herido por la reacción de «un público de cine y de mentidero y de plaza de toros».

El 18 de julio de 1936

La postura más dramática y perjudicial para Unamuno es su adhesión inmediata al golpe militar de 1936. Verdad es que las circunstancias son muy diferentes de las precedentes: por la edad del rector, por su situación personal después de numerosos duelos y sobre todo por la confusión que reina en Salamanca y España en aquellos primeros días de la Guerra Civil. En este caso, Unamuno ni siquiera tiene ocasión de explicar oralmente su actitud y no se puede descartar el papel de la propaganda en la transcripción de las entrevistas difundidas por la prensa.

Con todo, a diferencia de las dos conferencias de la Zarzuela y del Ateneo, Unamuno reconoce sin lugar a duda sus errores primero durante su corta intervención en el paraninfo de la Universidad de Salamanca el 12 de octubre de 1936, así como en unas cartas íntimas y en los apuntes consignados en el borrador que titula *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y Guerra Civil españolas*.

No dejan de sorprender estos ejemplos disonantes en la trayectoria política de Miguel de Unamuno, pero verdad es que resulta siempre difícil juzgar hechos o comportamientos pasados desde nuestro presente.

De todas formas, él mismo reconoce el derecho a equivocarse en el artículo «Ayer, hoy y mañana...», publicado en *Ahora* el 27 de marzo de 1936 en un clima de violencia y de incertidumbre. Confiesa sus dudas, su desconcierto ante la huida del tiempo que, como Cronos, traga a sus hijos impidiéndoles reflexionar con serenidad; y con una lucidez premonitoria no descarta su posible ceguera ante lo que está pasando:

Cuando se sepa la historia contemporánea, la actual, la de hoy, de aquí a cien, a quinientos o a mil años, y los de entonces se enteren de cómo la estamos viviendo sus actores, se asombrarán de nuestra ceguera («Ayer, hoy y mañana...», *Ahora*, 27 de marzo de 1936).

A pesar de estas declaraciones más bien pesimistas, la lectura de la obra periodística de Miguel de Unamuno recalca en ciertos casos la modernidad de su pensamiento político y lo visionario de ciertas de sus predicciones.

IV. MODERNIDAD DEL PENSAMIENTO POLÍTICO UNAMUNIANO

1) FRENTE A LA ACTUALIDAD

Hoy en día, y desde hace ya tiempo, es muy corriente que escritores y periodistas de cualquier sensibilidad política se valgan de citas lapidarias o fórmulas impactantes de Unamuno para comentar la actualidad política de España. Si bien estas referencias son a veces repetitivas –pongamos por ejemplo el «vencer no es convencer»– o tergiversadas, son una señal incontestable de la modernidad del pensamiento de Unamuno y de la lucidez a veces profética de ciertos de sus dictámenes.

En efecto, aunque Unamuno reacciona a acontecimientos políticos circunstanciales que en teoría no pueden tener otra proyección que la actualidad, se adelanta en varias ocasiones a la política y sobre todo a las mentalidades de su época.

Desde 1898 critica la política colonial de España (Cuba, Marruecos), abogando por el derecho de los pueblos a escoger su destino y criticando el etnocentrismo de ciertas naciones que pretenden «civilizar» a los que no viven o piensan como ellas. En la actualidad este combate por la libertad de los pueblos, parte de su combate global por las libertades individuales, sigue vigente a pesar del cambio de contexto y alimenta la acción de varias organizaciones humanitarias.

En 1893, mediante cinco artículos firmados con las iniciales A. S. G. y R. M. C., contesta en forma de broma a unos tradicionalistas salmantinos que denuncian el peligro judío en España para mejor desenmascararlos, pero su postura adquiere sobre todo visibilidad a partir de la instauración de la Fiesta de la Raza, término que denuncia con mucha fuerza en 1935 afirmando que «empieza a deslizarse que son antiespañoles los judíos» y teme que «si ese racismo ortodoxo que apunta se extiende» pueda estorbar la convivencia («La fiesta de la Raza», *Ahora*, 29 de octubre de 1935).

No olvidemos tampoco que se opone al servicio militar obligatorio, a la instauración en 1921 de la ley de fugas que legalizaba el asesinato de cualquier detenido simulando que se había escapado, ley aplicada ferozmente por el general Severiano Martínez Anido en Barcelona.

Estos pocos ejemplos, escogidos entre otros tantos, ilustran la lucha permanente de Miguel de Unamuno a favor de la libertad, contra las injusticias y todos los ataques a la dignidad humana. Explican claramente su adhesión a los valores y a los ideales defendidos por la Liga Española de los Derechos del Hombre de la que fue presidente entre 1922 y 1932.

2) FRENTE A LA HISTORIA

Unamuno cuestiona la actitud que hay que tener frente a los acontecimientos, sobre todo en los años que preceden a la Guerra Civil y aboga por la necesidad de «dar tiempo al tiempo» antes de enjuiciarlos.

Unos meses antes del golpe militar no oculta a sus lectores de *Ahora* su perplejidad ante una situación política a la que no puede aprehender con distancia, es decir, con lucidez y calma. No ignora tampoco que la memoria tergiversa a menudo los hechos e intuye que «los venideros se encontrarán perplejos ante el montón de leyendas, contradictorias entre sí, con que se les

presentará esta que llamamos revolución y la que llamamos contrarrevolución» («La historia en plano», *Ahora*, 2 de mayo de 1936).

En este mismo artículo no solo echa la culpa al tiempo que pasa, sino a los periodistas que lo acosan para que tome partido. Confiesa que no sabe realmente lo que está sucediendo, justificando de antemano sus futuras vacilaciones e incertidumbres:

Y esta es también la razón por la que no puedo ni debo decidirme a condenar a unos y absolver a otros porque me los presentan en plano, sin profundidad alguna. [...] Pues vaya usted a convencer de todo esto a estos energúmenos –y a la vez deficientes mentales– que se empeñan en que uno tome partido cuando no puede formar juicio.

En tercer lugar, las reflexiones políticas de Unamuno no solo versan sobre el pasado y el presente, sino sobre el futuro, con unos análisis de una asombrosa lucidez. No se contenta con formularlos acerca de su país y se interesa por el porvenir de Europa, principalmente a partir de su destierro en Francia y en los últimos años de su vida.

3) REFLEXIONES DE UN VISIONARIO

En noviembre de 1898, a raíz del Desastre, Miguel de Unamuno completa sus predicciones del mes de octubre precedente y escribe:

Perdido nuestro imperio colonial, y reclusos en nuestra pobre casa, no tardarán en surgir dos problemas sociales que absorberán a todos los demás: el que plantea el movimiento socialista obrero y el que impulsa el movimiento regionalista («De regeneración: en lo justo», *Diario del Comercio*, 9 de noviembre de 1898).

Evoca de nuevo esta cuestión política durante la Segunda República: en un discurso pronunciado en el Ateneo en noviembre de 1932 se alza en contra de «esa monserga de la personalidad diferencial de las regiones» y apunta las consecuencias del autonomismo que podrían hacer pensar en la situación actual de España:

El autonomismo cuesta caro y sirve para colocar a los amigos de los caciques regionales. Habrá más funcionarios provinciales, más funcionarios municipales; habrá un parlamento y un *parlamentito*. Es decir, existirá una enorme burocracia que contará, además, con el asilo del Estado federal» («El momento político de la España de hoy», *El Sol*, 28 de noviembre de 1932).

En 1923, con el auge del fascismo en Italia, Unamuno critica la visita de Alfonso XIII y Primo de Rivera a Mussolini y presiente rápidamente que el dictador italiano representa un peligro para las libertades. Toma partido contra este cuando declara en el Tribunal de París a favor del anarquista Ernesto Bonomini, quien asesinó a un amigo del *Duce*. Escribe a un corresponsal italiano calificando el régimen de Mussolini de «tiranía nacionalista del más repugnante origen internacional e interimperial [sic]» (carta a Umberto Zanotti-Bianco, diciembre de 1924).

Además, unos meses después de su vuelta a España, intuye que el fascismo puede seducir a los españoles y escribe: «Tenemos que evitar que nos caiga encima el fascismo, ya que del bolchevismo no hay aquí temor. El temperamento más bien anarquista de nuestro pueblo lo rechaza» (carta a Bogdan Raditza, 16 de abril de 1930).

Asimismo, se da muy rápidamente cuenta del peligro que representa el hitlerismo y el 10 de junio de 1933 firma un manifiesto antifascista. Es consciente de la persecución incipiente de los judíos en Alemania, tanto más cuanto que lleva años rechazando el término de «raza». Desde 1919, propone sustituirlo por el de «lengua» antes de afirmar unos años más tarde que para él nunca ha cobrado esta palabra una connotación «zoológica», sino «espiritual». Pero es en un artículo dedicado al Día de la Raza de octubre de 1935 cuando Unamuno se opone de nuevo a lo que implica este término, exponiendo un problema que sigue siendo de actualidad candente en varias zonas del planeta, incluso en los países que se pretenden «civilizados».

Ya raza empieza a querer significar algo así como lo que significa en la actual Alemania, la del racismo, la del arianismo, la de ese venenoso concepto de los arios —que no es más que un mito del más salvaje resentimiento—, con su secuela de antisemitismo y otros antis tan salvajes como este. Y es el colmo del despropósito que hasta entre nosotros, aquí, en España, empieza a deslizarse que son antiespañoles los judíos. Y se extiende este grotesco anatema a los... masones («La Fiesta de la Raza», *Ahora*, 23 de octubre de 1935).

De una actualidad menos dramática es el artículo de febrero de 1935 en que critica la evolución de la política hacia el espectáculo y compara ciertas reuniones públicas con funciones de cine sonoro, que desvirtúan el papel de las elecciones:

Hay una política de cine y de radio. Falta, por tanto, de intimidad. Una política de campaña electoral a la moda americana que puede llegar a producir el caudillo histriónico («Los amigos», *Ahora*, 8 de febrero de 1935).

En las últimas semanas de su vida, prisionero en la casa de la calle Bordadores, presiente que «no habrá paz sino victoria» y escribe en unas notas rescatadas hace pocos años del olvido: «Me temo que bajo la dictadura de Franco lo que menos se permita sea la franqueza. Lo que dominará será la molienda» (CMU, 70/3).

En fin, en una de sus últimas cartas, dirigida a Quintín de Torre, profetiza que será largo y quizás irreversible el exilio de muchos españoles en el verano de 1936:

Lo que le digo desde ahora es que todos los buenos y nobles y patriotas españoles inteligentes, que sin haber tenido nada que ver con el Frente Popular están emigrados, no volverán a España. No volverán. No podrán volver como no sea a vivir aquí desterrados y envilecidos (carta a Quintín de Torre, 13 de diciembre de 1936).

En resumidas cuentas, el ininterrumpido itinerario político de Miguel de Unamuno durante seis décadas, fortalecido y enriquecido por un largo exilio, deja constancia de la permanencia de sus combates y de su profundo amor a España, que se traduce en la búsqueda de un porvenir de justicia y de libertad.

No se pueden silenciar su individualismo, sus contradicciones —menos numerosas de las que suelen reprocharle algunos—, unos errores de perspectiva que él mismo confesó y expió, pero el hilo conductor de su itinerario es su apego al liberalismo, que para él es voluntad de vivir libre y de dejar libertad a los demás.

Se ha dicho a menudo que Miguel de Unamuno fue un titán del siglo XIX, pero que se llevó mal con el siglo XX. A la vista de los documentos presentados en este catálogo, nos parece que se podría matizar este juicio por el solo hecho de que aún permanecen muchas de sus ideas en estas primeras dos décadas del siglo XXI.